

Mishima

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

LITERATURA

Yukio Mishima, el escritor

OSCAR PINOCHET DE LA BARRA*

Ya lo dijo Yasunari Kawabata: “Un genio literario como el de Mishima sólo lo produce la humanidad cada dos o tres siglos. Tiene un don casi milagroso para las palabras”.

A ese Mishima, al escritor, deseo dedicarle unas páginas. Dejo, pues, de lado, las otras facetas de esta extraordinaria figura de la cultura japonesa de mediados del siglo XX, como la de impulsor de las virtudes nacionales de su país, cultor de las artes marciales, partidario del teatro tradicional en sus formas de Noh y de Kabuki; y aunque no profundizaremos en su personalidad neurótica, extravagante, narcisista, sadomasoquista y aparentemente homosexual, de alguna manera, el Mishima total aparecerá a través de su obra literaria.

*OSCAR PINOCHET DE LA BARRA. Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. 28 años en el Servicio de Relaciones Exteriores de Chile; ex Embajador en la URSS y Japón. Escritor, autor de *La Antártica chilena* (1944); *El tiempo no pasa* (67) y *Mucho tiempo para Ximena*, (67) novelas; *Base Soberanía y otros recuerdos antárticos*; *Los Pinochet en Chile*, (79); *Por Siberia al Sol Naciente*, en colaboración con Carmita Alexander (81); *El gran amor de Rugendas* (84); *El Cardenal Silva Henríquez* (87); *Antártica, sueños de ayer y del mañana* (88), Edit. Hachette.

UN SUPERDOTADO SOLITARIO Y ACOMPLEJADO

Su cuadro familiar parece propicio a la formación de una personalidad sicopática.

Vallejo Nágera, el siquiatra y escritor español uno de sus biógrafos, ha insistido en ciertos elementos clásicos: un padre de personalidad poco atractiva, venido del sector agrícola; una madre dominante, con inquietudes intelectuales; una abuela paterna del clan noble de los Nagai, excéntrica, con rasgos epilépticos.

Yukio Mishima —nacido en 1925— crece muy solo. Su gran inteligencia le aparta de los otros. El quisiera ser vulgar como la mayoría. Desea que lo tomen en cuenta, no le gusta pasar inadvertido; hace, entonces, cosas que escandalizan. Es parte de una personalidad compleja envuelta en un físico poco atrayente: delgaducho, de tamaño menos que mediano, lo que le causa, además, un bloqueo emocional.

Se educa en el famoso Colegio de Nobles o *Gakushu-in*, en años que son para él de angustia. Luego de un comienzo escolar mediocre tiene un resurgimiento a los 12 años: sus condiscípulos y profesores han descubierto en Mishima —que en realidad se llama Kimitake Hiraoka— a un escritor precoz extraordinario.

Uno de sus biógrafos, John Nathan, ha citado una carta del muchacho que narra su difícil situación:

“...cuando me contemplo en el espejo me detesto pensando, mira ese tipo, pálido y enfermizo, que sólo sabe hablar de literatura... lo cierto es que me he ido convirtiendo en un ser raro y despegado de todo y de todos, a quien sólo le importa escribir”.

Su naturaleza apasionada, acelerada, le lleva a tomar la literatura —y todo en la vida— de una manera total, exagerada. Se lanzará siempre a una velocidad inaudita. Al salir del Colegio de Nobles ha escrito seis novelas, un libro de poesías y tres ensayos sobre literatura clásica.

Es lo que se llama un niño prodigio.

Mencioné a la abuela. ¿Qué papel juega en la formación del nieto, Natsu Nagai? Dejemos que él mismo recuerde días pasados en la penumbra de los hechos más antiguos. Tomemos una línea de uno de sus primeros libros: *Confesiones de una Máscara* (*Kamen no kokuhaku*), publicado en 1949, cuanto tiene 24 años:

“Mi abuela pertenecía a una muy antigua familia, por lo que despreciaba y odiaba a mi abuelo. Mi abuela estaba dotada de un espíritu de

estrechas miras, indomable, y de enloquecimiento poético. La neuralgia crónica minaba indirecta y constantemente su sistema nervioso y, al mismo tiempo, aguzaba estérilmente su intelecto...”.

Continúa el joven escritor:

“Mis padres vivían en la segunda planta de la casa. So pretexto de que era peligroso criar a un niño en el piso alto, mi abuela me arrancó a los brazos de mi madre cuando yo contaba cuarenta y nueve días. Instalaron mi cuarto en el dormitorio de mi abuela, siempre encerrado y con el aire impregnado de los olores de la enfermedad y de la vejez, siendo criado allí, junto a la cama de la enferma”.

Confesiones de una Máscara es una novela autobiográfica y, no cabe duda, si uno sigue después la controvertida vida de Mishima, que sus reacciones estuvieron influenciadas por ese mundo cerrado, en que una realidad que no es la del mundo exterior inspira toda su existencia.

A lo que hay que agregar una realidad interior que le hace diferente a sus compañeros de colegio, le apesadumbra, le da una extraña inquietud; una personalidad incierta que le hace ponerse una máscara y aparentar que es igual a todos, pero él sabe que no es así.

En esos días, durante la Segunda Guerra Mundial, el joven Mishima toma contacto con la que debía ser la principal realidad de su vida: con la muerte, con la idea de la muerte. Vale la pena recordar sus palabras, escritas bajo la influencia de los terribles bombardeos de Tokio de 1945: “Ansiaba la gran sensación de alivio que la muerte traería consigo, incluso en el caso de que yo, como luchador, tuviera que quitarme violentamente de la espalda el peso de la vida. Aceptaba sensualmente el credo de la muerte, que se había popularizado durante la guerra”.

¿Queda Mishima con el remordimiento de no haber muerto por la patria, por el Emperador que le había dado en 1944, personalmente, el primer premio de su promoción en el Colegio de Nobles? Es posible. En todo caso la muerte, el deseo de la muerte, será una de sus razones de vida. Lo que Vallejo Nágera denominará “el placer de morir”.

ESPERANZA JAPONESA PARA LOS AÑOS CINCUENTA

Así lo califica su maestro Kawabata luego del éxito obtenido con las patéticas *Confesiones de una Máscara*. Tiene 24 años y viene publicando cuentos desde los 19 años de edad, en 1944. Luego de dejar el colegio ha

estudiado derecho y por unos meses trabaja en el Ministerio de Finanzas. Es una actividad totalmente alejada de sus verdaderas inclinaciones.

El éxito de *Confesiones de una Máscara* no le trae la felicidad. Soy “un singular y gruñón viejo de veinticinco años”, como él mismo se autocalifica. Tiene que escribir una verdadera novela, nacida de su sola imaginación. Se siente un gran escritor. Es vanidoso, presumido. Como alguien comenta: “Los escritores suelen tener una ventana para mirar el mundo; a Mishima le basta con un espejo...”. Desde 1946 le está ayudando Yasunari Kawabata, veintiséis años mayor y ya consumado escritor.

Su primera novela propiamente tal es *Sed de amor* (*Ai no kawaki*); amor violento que causa daño, amor que va mezclado con la tragedia y la sangre, algo que se repetirá muchas veces en la obra del novelista japonés. Será una angustia que aflorará desde el fondo de su ser, como si el amor estuviera destinado necesariamente al fracaso y siempre a causar daño a la otra parte.

Claro que él se siente capaz de escribir cualquier cosa, incluso a cantar al amor puro e incontaminado de una pareja de adolescentes y en 1952 llega *El rumor de las olas* (*Shiosai*) que le proporciona su primer premio literario, el Shinchosha, y le permite ver su obra recomendada por el Ministerio de Educación a la juventud del Japón.

Este amor idílico, entre los pescadores de perlas, quedará como un alarde de Mishima en un campo que no será jamás el suyo. El ha nacido para vivir y representar la vida difícil. Nada más alejado de lo suyo que el lirismo de estos Dafne y Cloe de piel amarilla y ojos rasgados, de sus desnudos cuerpos inocentes entre la espuma del océano Pacífico.

Inmediatamente antes de escribir *El rumor de las olas*, Mishima ha estado en Grecia, en una gira —su primera salida al extranjero— que lo lleva también a Estados Unidos, a Brasil y a Francia. Asimismo, se acaba de publicar algo increíble y pretencioso para un escritor de 26 ó 27 años, sus “obras completas” en seis volúmenes... Ya puede comprenderse que el escritor joven más importante de su promoción es una máquina incansable.

EL PABELLON DE ORO. AFIANZA SU PRESTIGIO

En 1956 publica una de sus mejores novelas, *El pabellón de oro*, en la que se sobrepasa, en estilo y en profundidad de conceptos.

De su estilo es algo que los occidentales no podemos gozar plenamente por razones de traducción desde su difícil idioma. Uno de los traductores que mejor lo conoce, el norteamericano Edward Seidensticker, ha dicho: Su lenguaje, “tan adornado que a veces parece amanerado y artificioso, muestra

sin embargo una preocupación —que el resto del país parece haber abandonado— por la belleza del idioma japonés... —La riqueza y sutileza de su vocabulario, la fuerza de sus alusiones, obligan al más erudito lector a tener a mano una estantería de textos de consulta”.

La historia de *El pabellón de oro* del templo de Rokuanji, en Kioto, es una excusa magistral para llevarnos por entre las callejuelas retorcidas de las dudas existenciales, de los problemas de la verdad y de la belleza, de lo permanente y de lo efímero. Todo con la marca característica de Mishima: una brutal y despiadada lucha por imponer sus puntos de vista aun por medio de la violencia.

Mizoguchi, el acomplejado monje del pabellón de oro y su semitullido amigo Kashiwagi odian la belleza: se sienten excluidos de ella. Hay algo más para el joven monje: el pabellón de oro ejerce una atracción tan fuerte que le hace incapaz, impotente de gozar de otra belleza y decide quemarlo. Será su venganza.

Mishima es un maestro y la construcción de madera dorada cobra vida como verdadero protagonista de la novela.

Estas son las palabras de Mizoguchi: “Le vi. Cercado de sombras rumorosas, entronizado en el seno de la noche y en una inmovilidad absoluta, aunque bien despierto. Como si velara a la misma noche... Es verdad, jamás le había visto dormido, como dormía el resto del templo. Sus estructuras deshabitadas podían pasarse sin dormir. Su noche escapaba totalmente a las leyes que rigen a los hombres”.

Quienes hayan tenido la suerte de contemplar el viejo pabellón, en Kioto, cuando bajan las sombras del atardecer y su alma de madera se va escurriendo por entre las aguas de la laguna que le rodea, vibrarán especialmente con las notas de la flauta del deforme Kashiwagi, el desesperado enemigo de la belleza, cuyo sufrimiento le lleva a decir: “El verdadero infierno es la capacidad para ver las cosas meridianamente claras, hasta en sus detalles más insignificantes; y verlas en la más absoluta oscuridad”.

¿Será lo que Margueritte Yourcenar llama “la visión del vacío”, al estudiar a Mishima?

Es la ansiada búsqueda de todo ser humano, cuya lucidez naufraga justo cuando se creía estar tan cerca de la verdad.

Hay algo más que se confirma en este novelista de 31 años: la atracción de la muerte, como un remolino poderoso a cuya fuerza parece insensato oponerse: “Sacaba la navaja de su funda —hace decir al novicio budista— y pasaba su lengua por la hoja, que se empañaba al instante. Notaba un frescor incisivo, luego una especie de agradable y remoto sabor: venía del corazón del delgado acero, de la inaccesible sustancia del metal, de la cual aquel

sabor no era más que el pálido reflejo. Aquella limpia forma, aquel fulgor metálico semejante al añil de las profundidades marinas, he aquí lo que ocultaba ese sabor tan puro enroscado en la punta de mi lengua, tenaz, mezclado a mi saliva... y feliz pensaba en el día en que iba a sentirlo en mi carne, el día en que yo me sentiría totalmente anegado, embriagado por aquel sabor dulzón. Los cielos de la muerte me parecían llenos de luz y semejantes a los de la vida...”.

¿Se cantó a la muerte, alguna vez, con más alegría?

La traducción al inglés de *Cinco modernas piezas Nob* le hace conocido en Estados Unidos, donde pasa seis meses en 1957. De regreso al Japón se casa con Yoko Sugiyama, pero su vida continúa como siempre: siente necesidad de escandalizar a los demás, de cultivar sus diferencias con los otros, de vida bohemia.

Escribía la noche entera, como un torrente a punto de desbordarse, pero no todos eran éxitos y una de sus novelas, *La casa de Kyoko* (*Kyoko no ie*) se convierte en un rotundo fracaso.

Viene entonces la siguiente, con un éxito que a mi parecer no llega a la altura de *Kinkakuyi* o *El pabellón de oro: Después del banquete* (*Utage no ayo*) y su tema, como a él le gusta, no tiene nada que ver con el de las novelas anteriores. En efecto, parece bastante frívolo el relato de estos amores otoñales entre el antiguo Ministro de Relaciones Exteriores del Japón, Yuken Noguchi, y la dueña del famoso restaurante Setsugoan, Kazu Fukuzawa.

Es que Mishima nos ha acostumbrado mal y lo identificamos mucho mejor con temas en que lo trágico se codea con una actitud amarga y descreída sobre el destino del hombre.

Después del banquete muestra por dentro los vericuetos de la política japonesa y le causa por esos días a su autor innumerables dificultades con quienes se sienten retratados, en especial con Hachiro Arita, ex Ministro, quien le gana un juicio ante los tribunales por violación de ‘privacidad’.

Mishima queda, por su parte, encantado de haber sido el centro de los comentarios de los más altos círculos sociales y políticos de su país.

EL DESTACADO ESCRITOR DE LOS AÑOS SESENTA

Según recuento del propio Mishima hecho poco antes de morir, sus obras, en todos los géneros, alcanzan a las 244.

Después del banquete abre los años sesenta y, como sucede habitualmente, no le deja contento. Sigue tras la meta imperiosa del libro definitivo y

mientras tanto desgrana su talento en trabajos que, en su mayoría, no están traducidos al español. También se dedica a mil actividades diferentes en el campo del arte y fuera de él, que quedan al margen de este estudio destinado a su condición de escritor.

Creo que ha llegado el momento de referirme a algunos de sus cuentos y obras de teatro. Entre los primeros recuerdo *Patriotismo* (*Yukoku*), terrible y premonitorio de su propia muerte.

Es el relato de una rebelión militar y del *harakiri* o *seppuku* de un oficial que prefiere eliminarse antes que combatir a quienes se han rebelado y son sus amigos. La relación camina llevada de la mano por un escritor perfeccionista y no se escatima detalle de un hecho que para la sensibilidad occidental pasa más allá de lo soportable.

Son sus protagonistas el teniente Shinji Takeyama y su esposa de hace sólo treinta días, Keiko. Y entonces Mishima desarrolla lo que para él forma un único todo de máximo placer: el sexo y la muerte, iluminados por una suerte de fantasía masoquista.

Cuando recién ha introducido la hoja de su acero, profundamente, en el punto preciso de su vientre, el teniente Takeyama analiza con una extraña e increíble lucidez: "¿Es éste el *seppuku*?", pensó. Experimentaba una sensación de caos total, como si el firmamento se hubiera desplomado sobre él y todo el universo girara bajo los efectos de una enorme borrachera. Su fuerza de voluntad y su coraje, que tan fuertes se manifestaran antes de la incisión se habían reducido ahora a una fibra de acero del grosor de un cabello... El dolor se extendió como una campana que sonara en forma salvaje; o como mil campanas tocando al unísono con cada respiración y con cada latido, estremeciendo todo su ser".

De este cuento, cuya lectura completa se hace a veces intolerable, Mishima hace un filme que se proyecta con escándalo en muchas pantallas del mundo, y cuya escena del *harakiri* provoca desmayos en el occidente.

Lo tradicional de su país le conmueve, no en el sentido melancólico de un Kawabata, sino en el sentido heroico de un samurai intemporal.

Usa, pues, de la antiquísima forma teatral llamada Noh, originaria del siglo XIV, aunque dándole un contenido moderno. Mishima hace del Noh un vehículo para su talento. Piezas siempre breves, son apropiadas para que el escritor ponga en ellas un punto de vista inesperado, dramático o de crítica burlona, donde se mezclan vivos y muertos. Varias de esas piezas son representadas en Estados Unidos y por supuesto en el Japón.

Además, Mishima es un gran admirador del famoso actor del Kabuki, Utaemon, uno de los mejores *onnagata* que han pasado por los escenarios del país oriental. *Onnagata* es el hombre que se especializa en papeles teatrales

femeninos y llega a representar la femineidad —se dice— con una propiedad tan grande o mejor que las propias mujeres. En ese mundo ambiguo me parece muy acertada la definición que da Mishima: “El onnagata es la criatura nacida de la unión ilícita del sueño con la realidad”. En recuerdo de su amistad con Utaemon, escribe otro de sus buenos cuentos cuyo nombre es, justamente, *Onnagata*.

De entre sus numerosos Noh recuerdo uno que lleva el nombre de *Dodoji*. El protagonista es un armario, un armario grande y misterioso cuya venta se interrumpe al conocerse terribles revelaciones, aunque su veracidad queda en suspenso, como tantas cosas del novelista, como tantas cosas de su vida y de la nuestra.

En la primera mitad de esa década del sesenta, el escritor viaja tres veces a Europa y a Estados Unidos y se da a conocer a los grupos intelectuales más refinados de las grandes capitales, pero su obra traducida tarda en llegar a círculos más vastos.

Una novela que por excepción se divulga ampliamente lleva el título largo de *El marino que perdió la gracia del mar* (*Gogo no eiko*) y sirve para hacer un filme en los Estados Unidos. Su tema es opresivo y hasta diabólico y nos muestra una juventud que odia el mundo creado por sus progenitores, donde domina la hipocresía; un mundo que debe ser destruido. Para Mishima, el éxito económico y tecnológico del siglo XX ha ido erosionando lo más valioso del hombre: el sentimiento, la cultura, la tradición, lo que él denuncia con los más exagerados colores a fin de llamar la atención.

En esta novela, el joven jefe de la pandilla estudiantil reflexiona así ante sus compañeros: “El verdadero peligro no radica sino en vivir. Claro está que vivir no es más que el caos de la existencia... la sociedad carece de sentido, es un baño romano en el que todos se mezclan. Y la escuela no es sino una sociedad en miniatura. Por eso nos están dando órdenes continuamene. Un puñado de ciegos nos dice lo que tenemos que hacer...”.

Es Noboru. Su madre, viuda, tiene amores con un marino occidental llegado de muy lejos. Noboru le cuenta a sus admirados amigos: “El marino es tremendo. Es como un animal fantástico recién salido del mar, salpicando y chorreando. La otra noche lo vi acostarse con mi madre”.

Y, por supuesto, la nota siempre presente para los muchachos, de un planeta dando tumbos y, sobre él, un ser humano incapaz de mantener su equilibrio, o en las palabras de Noboru: “Todos sabemos que el mundo está vacío y que lo importante, lo único, es tratar de mantener el orden en dicha vacuidad...”.

Hay algo, una idea que una y otra vez ronda a Yukio Mishima, ya de 40 años: el Premio Nobel de Literatura. Claro que para eso, piensa, hay que

escribir una obra aún más importante, hay que demostrar, sin apelación, que él es el mejor escritor del Japón.

Porque la vida va pasando, y cada año más rápido. El es todavía joven, aunque cada vez menos joven, y el fantasma de la vejez asoma al final del camino. Escribe una vez: "Entre mis incurables manías está la de que los viejos son siempre feos y los jóvenes siempre hermosos. La sabiduría de los viejos es siempre amarga, la de los jóvenes siempre transparente. Cuanto más vive la gente peor se vuelve. La vida humana es, en otras palabras, un caótico proceso de decadencia y ruina".

Evidentemente no ama la vejez; cree que la vida debe terminar antes.

El espíritu necesita un cuerpo hermoso. El joven enclenque de otrora ha tomado cansadoras clases de cultura física por cuatro años, llegando a ser un eximio competidor en artes marciales.

Pero el tiempo pasa tan rápido...

LA OBSESION DE LA MUERTE Y EL TEMA DE LA ILUSION

Así define Mishima lo que para él significa la literatura. Todo lo anterior en un contexto nacionalista, tradicional, heroico.

Idea, pues, en 1966, un héroe para su próximo libro, que será su último libro: *El mar de la fertilidad*. Una tetralogía a través de la cual su protagonista sufrirá sucesivas reencarnaciones. Será el espíritu del Japón en toda la variedad de sus semblantes.

Las cuatro partes que componen esta tetralogía son: *Nieve de primavera* (*Haru no yuki*), *Caballos desbocados* (*Homba*), *El templo del alba* (*Akutsuki no Tera*) y *La corrupción de un ángel* (*Tennin gosui*). El protagonista se llama Kiyoaki Matsugae y aunque muere en el transcurso del primer relato, es evidente que transmite al protagonista del segundo —y así sucesivamente— sus anhelos, sus motivos de lucha y sus ilusiones.

Mishima quiere hacer de este ambicioso proyecto su verdadero testamento, y no sólo literario, puesto que aquí vierte las inquietudes de una vida entera acerca de su país, desde la era Taisho, en 1912, hasta el momento de su muerte, en 1970. Es una enorme pantalla por donde circulan y luego quedan inmóviles, para la posteridad, los acontecimientos nacionales, según su muy especial punto de vista. Y más que los acontecimientos mismos, el ambiente en que se desarrollaron.

Kiyoaki, de 18 años, hijo del Marqués Matsugae, es de una gran sensibilidad y tiene un sentido de observación en extremo agudo. El novelista nos lleva por la vida de la corte, antes de la Primera Guerra

Mundial, en un mundo recién abierto al occidente, donde coexisten las realidades de un rígido protocolo tradicional con el acento victoriano recién importado, en condiciones estéticas disonantes y bastante alejadas de la sencillez del viejo Cipango.

Las páginas de *Nieve de primavera* pasan rápido y a través de ellas se ve al joven descrito como "una planta sin raíces... la futilidad tipificaba su existencia. Su sentimiento favorito era lo precario de la vida". Lo que piensa el joven heredero lo discute con su amigo de colegio, Shigekuni Honda, y con su enamorada, Satoko, hija del conde Ayakura; y lo discute, desde luego, con su tutor Inuma. También lleva un diario de vida y sueña, sueña demasiado. Veamos: "Comparado con la inestabilidad emocional que experimentaba despierto, su mundo de los sueños parecía más auténtico. Nunca estaba seguro de que sus emociones fuesen parte de su verdadero yo, pero sí sabía, al menos, que el Kiyoaki de los sueños era real".

Kiyoaki se siente insignificante en el confuso mundo que le toca vivir. Pero, ¿qué otra cosa es el asiático en el mar de arena de la vida, sino el más insignificante de sus granos, incapaz de mover al resto? Participa, pues, de la opinión que expone su amigo Honda: "La historia no tiene voluntad propia, y además tampoco tiene la menor preocupación por mi voluntad... la historia es un testimonio de la destrucción... para la historia construir y destruir son la misma cosa... a la larga toda voluntad humana está condenada a la frustración... Hay una sola forma de participar en la historia y es la de no tener voluntad en absoluto, de funcionar sólo como un átomo hermoso y resplandeciente, eterno e inmutable. Nadie debe buscar otro significado a la existencia humana".

Rara vez el desolado mundo de Mishima se muestra en su más desesperada resignación.

Se ha dicho que Mishima es un escritor barroco que se goza en el detalle. Vuelvo a la comparación con Kawabata: el mismo paisaje que en uno es deslumbramiento y desborde de formas y colores, en el otro es la absoluta simplicidad representada por la rama del pino, la flor del cerezo o el monótono chirrido de la cigarra.

Esta novela se publica en Japón en 1965, cuando se rumorea que Mishima será Premio Nobel, lo que no ocurre ya que el galardón se le atribuye al soviético Sholokhov.

Hay que redoblar el esfuerzo y Mishima sigue escribiendo la segunda parte, *Caballos desbocados*. Shigekuni Honda, el amigo de Kiyoaki, tiene ahora 32 años y una posición en el poder judicial. Ahora bien, el espíritu del fallecido Kiyoaki se ha encarnado en el joven Isao, hijo del que fuera su tutor.

El Japón ha pasado de la era Taisho a la era Showa y se nota un renacimiento del militarismo, heredero de la antigua influencia samurai en el país. Han aparecido ligas patrióticas, en una reacción contra los excesos de la occidentalización.

Nieve de primavera se ha desarrollado en Kamakura y sus vecindades; *Caballos desbocados* hace de Nara, de sus templos vecinos, de sus colinas boscosas y del no muy lejano mar, el centro de actividades de los jóvenes nacionalistas inspirados en la vieja "liga del viento divino", precursores del terrorismo. El amor juvenil y sus problemas han sido reemplazados en la novela por la espartana visión de un ideal de vida que, inevitablemente, conduce a la muerte. Toda derrota de los núcleos armados desemboca en el harakiri colectivo.

Y, por supuesto, están las lúcidas reflexiones de los personajes de Mishima, como éstas:

"Dos hombres pueden hablar en forma entusiasta durante una hora o más sobre compartidas experiencias, sin mantener, por eso, una conversación. El hombre solitario que quiere preservar un ánimo nostálgico, siente la necesidad de compartir sus pensamientos con alguien, y si lo encuentra le endilga frecuentemente su monólogo, como si narrara un sueño. Y así la charla puede extenderse entre ellos, mientras cada uno recita su monólogo, hasta que caen en la cuenta de que no tienen nada que decirse. Parecen dos personas que están en los opuestos bordes de un abismo y advierten que el puente que lo cruzaba ya no existe".

En *Caballos desbocados*, escrito en 1968, hay un análisis de la actitud mental de quienes entregan su vida en acciones extremas de autoinmolación, para quienes la sangre tiene una atracción definitiva. Se dice del protagonista: "Permanentemente pensaba en la muerte y eso lo había purificado tanto que lo físico parecía haberse derrumbado, liberándolo de la atracción de la tierra y permitiéndole caminar a una cierta distancia de su superficie".

A veces pienso que Yukio Mishima avanza desde mediados del siglo XX, con sus sueños y con su vida misma, por los senderos dolorosos de la violencia y de la muerte, en una sociedad que ya no le ofrece esperanzas. ¿Será por eso que entusiasmo a la juventud en los difíciles días que vivimos?

Cuando en 1970 comienza a escribir la tercera parte, *El templo del alba* (*Akatsuki no Tera*), Mishima tiene organizado un grupo armado particular de 100 muchachos llamado Tatenokai.

Esta novela se considera la más difícil de leer de toda la tetralogía, por dedicarse en gran parte a temas religiosos del budismo y del hinduismo, necesarios para apoyar su tesis de las reencarnaciones del protagonista. Su

espíritu se ha reencarnado esta vez en una pequeña princesa tailandesa. La descripción de la religiosidad y del desaseo en India, tan diferente de la limpieza del Japón, le induce a reflexiones de gran interés. Con todo, parece haber consenso en que *El templo del alba* es la parte débil de sus últimos escritos, que remontan con fuerza en el libro cuarto y final, *La corrupción de un ángel* (*Tennin Gosui*).

LA VIDA ES CORTA, PERO YO QUIERO VIVIR ETERNAMENTE

Así dice la última anotación dejada por Mishima sobre su escritorio en la mañana del 25 de noviembre de 1970, al partir a la muerte.

Se cree que *La corrupción de un ángel* la había terminado poco antes; sin embargo, prefirió fecharla ese mismo día y dejar las instrucciones pertinentes a fin de que fuera remitida al editor, tal como estaba previsto en el contrato.

Todo estaba también previsto para su suicidio ritual en la sede de la Defensa Nacional del Japón.

En *La corrupción de un ángel*, Shigekuni Honda ha pasado los 80 años y adopta a un muchacho de 16 llamado Toru, reencarnación del primer protagonista y de los siguientes. Honda ha sido testigo de la incesante búsqueda de la felicidad por parte de sus sucesivos amigos reencarnados. Sus meditaciones no le ayudarán a rehacer camino. Su tiempo termina.

“Conforme fue envejeciendo —se comenta— la conciencia del propio ser se fue convirtiendo en conciencia del tiempo. Gradualmente comenzó a comprender el susurro de las termitas. Instante por instante, segundo por segundo, pensaba: ¡Con qué conciencia trivial se deslizan los hombres a través de un tiempo que no retorna! Sólo con la edad aprendía uno la riqueza, y hasta la embriaguez, que hay en cada gota. Gotas de un tiempo precioso, como las gotas de un vino exótico y exquisito. Y el tiempo goteaba como la sangre. Los viejos se secaban y se morían. En pago por haberse olvidado de detener el tiempo en el momento glorioso, desconocido todavía para su mismo dueño, en que la sangre estaba produciendo una espléndida embriaguez”.

La adopción de Toru termina muy mal y Honda decide visitar el convento budista donde es abadesa Satoko Ayakura, la antigua novia de Kiyoaki, también octogenaria.

¡Qué excelente idea la de este cultor de la belleza clásica de su país, que hacer terminar las más de mil páginas de *El mar de la fertilidad* en las vecindades de Nara, en verano, cuando las chicharras ensordecen con sus constantes chirridos y el sol cae implacable.

Han pasado sesenta años y Satoko dice no recordar a Kiyoaki. Todo ha sucedido sólo para ser olvidado. Comenta la anciana: "La memoria es como un espejo fantasma. A veces muestra las cosas demasiado lejos para poder verlas, otras las acerca demasiado, como si estuvieran aquí mismo". Honda se desespera y le contesta: "Si no hubo Kiyoaki, tampoco hubo Isao. No hubo Ying Chan (la tailandesa)... quien sabe, quizás tampoco yo he sido..." y Satoko le contesta imperturbable: "También eso depende de cada corazón".

Las últimas palabras de la novela son para recordar ese jardín de templo; son la despedida de Mishima del mundo visible: "Era un jardín resplandeciente y claro, sin nada llamativo. Como un rosario desgranado entre los dedos, el canto de las cigarras dominaba la escena. No se oía ningún otro ruido. El jardín estaba vacío. Había llegado, pensó Honda, a un lugar sin recuerdos, a la nada. El sol estival del mediodía caía sobre el jardín inanimado".

La vida de Mishima es un enigma. Su persona motiva controversias en el Japón, aun después de muerto. Es contradictorio, es excesivo para el gusto japonés. El PEN Club de su país afirma que Mishima "creó una belleza artificial, apoyado en el nihilismo de posguerra". El siquiatra español Vallejo Nágera nos habla de su soledad. El mismo Mishima declara al fin de sus días: "estoy al borde de la incomunicación".

Curioso destino de aislamiento de quien dedica su vida entera a comunicarse con los demás. Kawabata guarda silencio y preside los funerales de su amigo: 17 meses después también se suicidará a su modo, sin aspavientos, con ayuda de una llave de gas...

Mishima prepara la partida durante toda su vida, y siempre ansía la muerte como una liberación, como un testimonio. Es el testimonio de quien, a su manera, ama entrañablemente el Japón y desea que permanezca en su camino tradicional. El harakiri, que para el occidental es un horrible suceso, para Mishima es la desaparición prescrita, con perfección y, aun, con belleza.

Dice Margueritte Yourcenar, quien le ha dedicado un estudio especial: "El gusto de la muerte es frecuente en los seres dotados de avidez por la vida".

Dijo su madre, Shizue, cuando le contaron el suceso: "No le compadezcan. Por la primera vez en su vida ha hecho lo que deseaba hacer".

Quedémonos con lo que había escrito él mismo esa mañana de su partida: "La vida es corta, pero yo quiero vivir eternamente".

Creo que a través de su obra literaria lo ha conseguido.